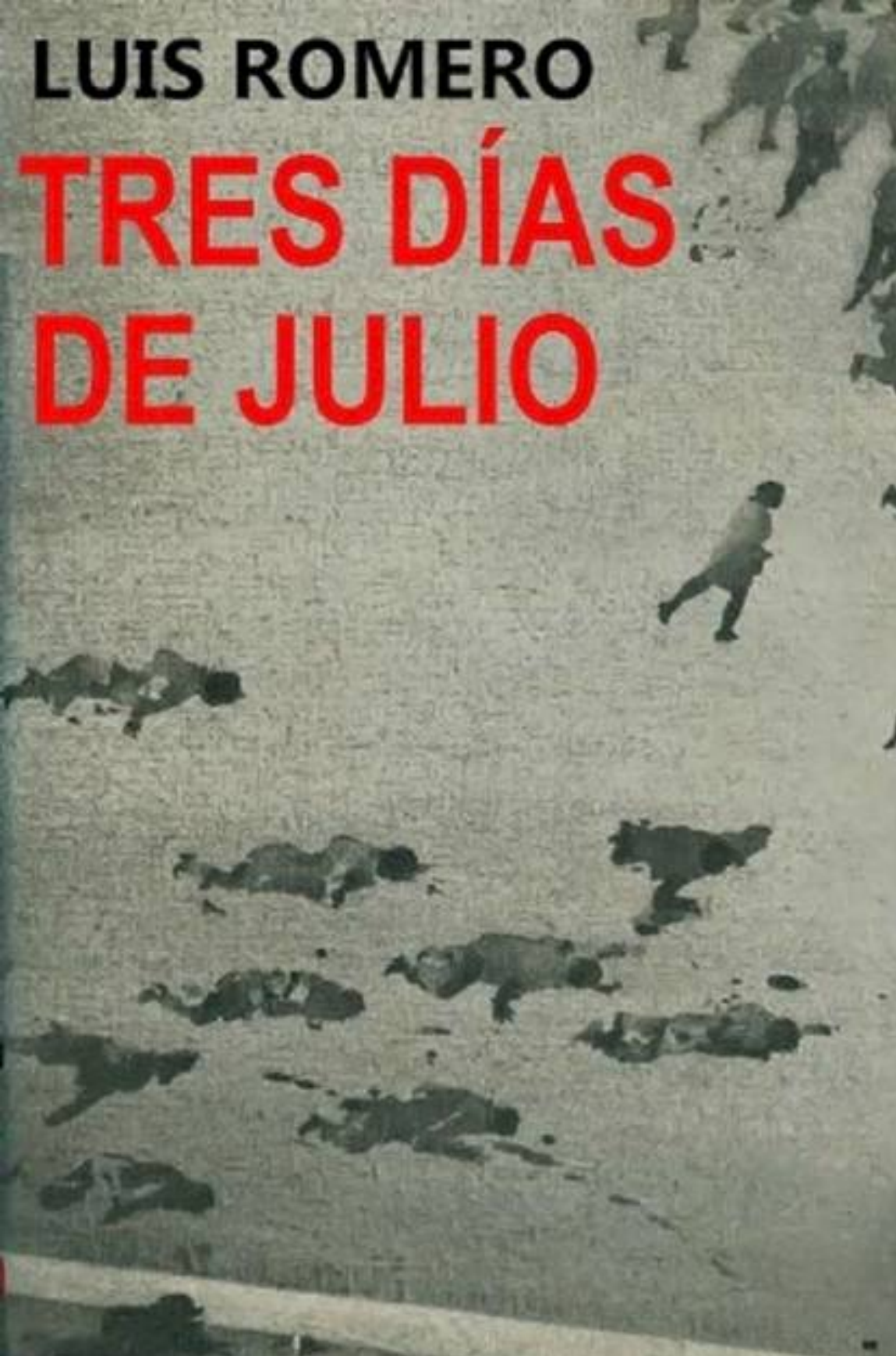


**LUIS ROMERO**

**TRES DÍAS  
DE JULIO**



*Tres días de Julio* nos retrotrae a lo acontecido en los días iniciales de la mayor tragedia de nuestra historia contemporánea. Se trata de un viaje trepidante por la geografía española, por el que desfilan tanto los protagonistas como los actores más secundarios horas antes de que el alud de violencia y miseria cayera sobre todos ellos, justos e injustos, culpables e inocentes. Esta edición no tiene como objetivo a los nostálgicos de uno u otro bando, sino a los millones de jóvenes que no conocen los horrores de la guerra. Ojalá lean estas páginas teniendo presentes los otros conflictos que hoy sacuden la conciencia de todo ser humano decente. Verán que no nos son tan ajenos como parecen. Aquí tuvieron su versión no hace tanto tiempo. *Tres días de julio* es un testimonio en vivo y en directo de lo no debe volver a suceder.

*A mi hijo Javier,  
que.  
acaba de cumplir  
once años*

Reproducción del óleo sobre tela «Un poco más cerca» del pintor Juan Genovés que ha sido utilizado en la sobrecubierta. Mide 0,85 x 1 m. Es propiedad del artista

## PRÓLOGO

He terminado esta obra, la más larga y trabajosa de cuantas llevo escritas, más larga de lo que deseaba hacerla pero más corta de lo que podría haberla hecho, pues me ha resultado imposible utilizar todo el material recogido con esfuerzo que no sabría si calificar de placentero o doloroso, material que por su prolijidad ha amenazado con desbordarme. Sé que una vez terminada la obra es necesario escribir un prólogo, que necesito escribirlo, que debo escribirlo, pero mi perplejidad comienza ahora que me siento ante la máquina acuciado por el calendario y casi por el reloj.

En este libro, que tú lector leerás en breves horas, he tratado de resucitar aquellos tres días de julio de 1936; me ha costado tres años el escribirlo, tres años sumergido en el horror, en la tensión, en el dramatismo y en el desconcierto de aquellas fechas en que España pasó a ser un país en guerra civil, la más dolorosa de las dolorosas guerras. He vivido, escribiendo, demasiado inmerso en los acontecimientos, he reconstruido, en ocasiones con increíbles detalles, demasiadas escenas, me he identificado con muchísimos personajes, he cambiado una y otra vez de frente, he escuchado contrapuestas razones, me he indignado, asustado, estremecido, asqueado, he compadecido, odiado, amado, y la proximidad, la fatiga y el apasionamiento son otros tantos árboles que me dificultan otra vez, como me ocurrió entonces cuando lo vivía en presente aunque en distinto grado y sentido, ver el bosque. Quizás este prólogo a un libro que me ha dado ocasión a tanto averiguar, comprender y mesurar, debiera escribirlo cuando el descanso, la serenidad, la perspectiva me permitieran sacar unas consecuen-

cias guiadas por la lógica, por la ordenación y valoración de ideas, de hechos, de consecuencias que añadieran un tono de ponderación y claridad a este balbuceo con que amenaza este prólogo convertirse.

¿Para quién escribo? Para el público, para el lector. ¿Quién es el público? ¿Quién es el lector? ¿Puedo en un prólogo escrito con premura hacerme entender de los hombres de mi generación o de la inmediata anterior, que vivieron aquellos días, y al mismo tiempo ser comprendido de los jóvenes, de quienes no los recuerdan siquiera, o de los más jóvenes aún, de aquellos que nacieron cuando de las circunstancias de aquella feroz acometida a que se entregaron —nos entregamos— sus padres y abuelos, sólo quedaban ecos que les entraban por el oído izquierdo o el derecho, pero que resultaban casi incomprensibles para ellos? ¿Puedo hacerme entender en el mismo prólogo por quienes fueron martillo o yunque al servicio de unos ideales y por quienes lo fueron para defender posiciones egoístas, ventajas económicas, bienes amenazados, cargos en peligro? ¿No será disparate aspirar a hablar con idéntica voz a quienes perdieron el hijo, padre, marido o hermano, y a quienes mataron hermanos, maridos, padres o hijos de los demás, aunque en ocasiones se trate de las mismas personas?

Me propuse antes de empezar este libro, y el propósito me ha acompañado consciente y subconscientemente a lo largo de sus setecientas páginas, escribir con imparcialidad, imparcialidad que de antemano sospecho que no a todos va a satisfacer, porque muchos aspiran a que yo escriba *su* libro, y sólo me es dable escribir *mi* libro. Creo haberlo cumplido, aunque tampoco se me escapa que la medida de mi imparcialidad es distinta a la que pueden tener quienes se encuentran o encontraron situados a un extremo, al extremo opuesto, o en el centro. He tratado de situarme, no en medio, sino en cada uno de los puntos cuya sucesión forma la línea ideal por donde los hechos pasaron, y dar así

una interpretación cuya unidad y rigor estuvieran hechos de multiplicidad. Aportar quise, en cierta medida y con las limitaciones a que cualquier obra humana se encuentra sujeta, las voces de los demás, las voces si no de todos, de muchos.

He trabajado varios años, me he entrevistado con multitud de personas que tomaron parte activa en los hechos o fueron testigos de ellos. Esas conversaciones sostenidas a lo largo de meses en la intimidad de mi cuarto de trabajo, en diversas ciudades de España, o del extranjero donde muchos de ellos viven expatriados, en sus propias casas u oficinas profesionales, en bares, por las calles, en las más diversas situaciones, han sido para mí no sólo procedimiento destinado a la consecución de un material inestimable cuya reconstrucción y ordenamiento ha resultado laborioso, sino además formidable experiencia humana y política. Un día, es posible, que me decida a escribir «el libro del libro». He dirigido centenares de cartas a los cuatro puntos cardinales de la geografía y la política, he enviado formularios que parecían policiales. Muchos destinatarios no han contestado, otros lo han hecho de manera incompleta, pero en general por este procedimiento he juntado material importante. Por correo me han llegado algunos de los principales documentos que me ha sido dado manejar con explicación detallada de hechos y circunstancias que no había hallado en los muchísimos libros consultados ni en la búsqueda paciente llevada a cabo en las hemerotecas. Un fichero considerable me sirve de auxiliar, y el material que queda y quedará sin clasificar es inmenso. Y aún está la memoria, la memoria que ha ido recogiendo lo más notable —a veces un detalle de apariencia nimia— de cuanto me era expuesto en millares de horas de conversación siempre cordial y emocionante.

Aquí debería facilitar una lista de nombres y expresar mi gratitud, como es costumbre, a quienes tan desinteresadamente me ayudaron; puedo asegurar que la lista sería lar-

ga, larguísima, y mi agradecimiento, no por descomponerse en tantos agradecimientos parciales, fuera menor. No voy a dar nombres<sup>[1]</sup>. Visité en París a un personaje que se hallaba de paso, y que en aquellos días de julio jugó un papel importante; me rogó que no revelara su nombre, deduje que por circunstancias bastante alejadas ya de los hechos de 1936. Son bastantes los que me han manifestado idéntico deseo. De no facilitar la lista completa, que en determinados casos podría revelar fuentes, y por parecerme que la discreción lo aconseja, prescindo de publicar esa larga nómina que personalmente me hubiera complacido. He manejado páginas manuscritas correspondientes a diarios de esas fechas y las memorias de algunos de los protagonistas que permanecen inéditas.

He tratado de perseguir la verdad, me he esforzado por escribir la verdad, me he aplicado en «reconstruir» la verdad y estoy seguro de haberlo conseguido en muchísimos casos a pesar de que la verdad sea de suyo escurridiza y en ocasiones subjetiva, cambiante y plural. Si es cierto que he tropezado con quienes consciente o inconscientemente han tratado de desfigurarla, regularmente arrimando el ascua a su sardina (no tanto por partidismo político como por vanidad personal), deseo con satisfacción hacer constar que en la gran mayoría de las personas entrevistadas, la búsqueda de la verdad se hacía patente en la manera de hablarme y en la manera de escucharme. La verdad, la experiencia me lo demostró en esta ocasión a medida que iba avanzando en la recopilación de datos y testimonios, tropieza con escollos difíciles de evitar, más aún cuando se refiere a días y situaciones límite. He observado que, en general, existe confusión en la cronología de los hechos, principalmente en los horarios. Treinta años son muchos años, y por otra parte 18, 19 y 20 de julio fueron para las personas con quienes me he entrevistado, un día largo —el día más largo de los españoles, pues además se compuso de la superposición de tres— inacabable, en que mañana, tarde y



noche se confundían. Inexactitudes horarias y errores de cronología han saltado a los libros, incluso a los mejor documentados, y se acentúan en aquellos que vieron la luz en el extranjero por cuanto quienes los escribieron lo hacían por lo común fiados a la memoria, en mayor medida que quienes escribieron dentro de España con documentación al alcance de la mano. También he observado —y ello no es un descubrimiento ni pretende serlo— que las interpretaciones subjetivas pueden conducir a extremos notables. Si en una escaramuza o choque hubo pocos o muchos tiros es algo de difícil aclaración; porque, en primer lugar, ¿qué son muchos tiros?, y ¿cuántos son pocos tiros? Y no hablemos de las palabras. Se repiten a lo largo de la obra expresiones como fidelidad, lealtad, coraje, prestigio... representando valores distintos y hasta contrapuestos según quien los pronuncia, piensa o escribe. ¿Cómo poner orden en esta selva enmarañada y conseguir que el lector (¿quién es el lector?) me comprenda, si las mismas palabras aún en idéntica persona han podido desplazar su significado a lo largo de los años? ¿Puedo yo, escritor que me considero imparcial, erigirme en juez y valorar conductas, actitudes, gestos? Hubo época en que mentalmente lo hice porque me creía en posesión de la verdad en terrenos en que la verdad es inestable. Por el momento no me atrevería a hacerlo, y menos después de las confidencias recibidas, de lo que se me ha dicho o de lo que se me ha callado, de lo que he llegado a averiguar, que en cierta medida me ha convertido en cómplice, en confesor, en depositario de secretos ajenos.

A la memoria se me viene uno de los principales peligros de la guerra; que no hay jueces. Los «jueces» desaparecen, se convierten en parte, y como tal juzgan, condenan y ejecutan. A nadie, que yo sepa, se le ha resucitado una vez terminada cualquier guerra. Y ahora podemos, ya que hemos rozado el tema de la muerte, aludir a la muerte que en mi libro está presente en proporción muy superior a lo que el lector, principalmente el lector joven, puede supo-

ner. Porque si la guerra se inició el 18, 19 y 20 de julio de mil novecientos treinta y seis, y en esos días los españoles comenzaron a matarse entre sí, el ansia y la posibilidad fraticidas no se aplacaron sino mucho después. Hay mucha muerte presente en mi libro y más muerte aún que comenzará a cobrar su alcabala después de la última página.

Sabemos que el general Goded fue fusilado y que también lo fue el presidente de la Generalidad de Cataluña, el general Fanjul y el general Núñez del Prado, pero ¿son tantos los que están enterados que en igual forma murieron Arturo Menéndez, Lizcano de la Rosa y los generales Salcedo y Caridad Pita? Si he dicho que la lista de los entrevistados sería larguísima, larguísima sería a su vez la de los muertos, que también tuve intención de incluir fraccionada en forma de notas al pie de página. Murió fusilado el capitán Agustín Huelin y el teniente Ruiz de Segalerva, y fusilados murieron Javier Bueno y Julián Zugazagoitia<sup>[2]</sup>. Ante el pelotón de ejecución cayó el general Batet (al general Molero no le fusilaron como aparece por ahí escrito, ni tampoco, creo, al general Villa-Abrille) y una de las víctimas del masacre de la Cárcel Modelo madrileña fue Gabriel Bustos, de catorce años de edad, falangista de la cuarta centuria, a quien en el libro dejamos en la comisaría de la calle Leganitos, y a quien el lector supondrá salvado; y aquí, señores, «no se salva ni Dios».

Se salvaron sí, por azares geográficos, por casualidad, por piernas, o por protección divina, aquellos que han hablado ahora conmigo, pero a quien más, quien menos, la muerte le rondó cerca. Los jóvenes y los más jóvenes, he oído decir que desaman a la generación de la guerra, a los hombres maduros, a los viejos y más viejos. Yo podría decirles que en su actitud puede haber junto a una parte de razón que no les falta, una parte de injusticia. Los hombres de la guerra arriesgaron, sufrieron y perdieron. Un hombre que ha hecho la guerra, un hombre que se ha encontrado en encrucijada donde lo físico, moral y espiritual se confun-

den, un hombre que ha arrostrado el trance de matar, un hombre que ha sentido la muerte ajena alrededor, quien le ha visto días, semanas, meses, años las orejas al lobo y los cuernos al diablo, merece ser considerado con cierta indulgencia. El valor físico no estoy convencido de que sea virtud tan estimable como tradicionalmente venimos considerando, pero sí estoy seguro de que es virtud estimable y que merece respeto. De valor no anduvo floja aquella generación<sup>[3]</sup>. Ante el paredón cayeron José Antonio Primo de Rivera, el gobernador de La Coruña Pérez Carballo y su esposa Juanita Capdevilla, el comandante López Amor y los capitanes López Varela y López Belda, y tres veces fue fusilado el «Pineda», un anarquista sevillano que había servido de modelo para un Cristo; a la tercera fue la vencida. Y es que en España hubo grandes cementerios bajo la luna y bajo el sol también. Ante las tapias de uno de esos cementerios murió Manuel Irurita, obispo de Barcelona y quienes piadosamente lo acogieron en su casa, y en Madrid, Manuel Mateo, delegado nacional de las CONS, sufrió aquella mala muerte que presentía. Cuando el diputado Ricardo Zabalza, secretario de la Federación de Trabajadores de la Tierra, se enfrentó con el pelotón, pidió, y le fue concedido, hacerlo esposado con José Gómez Osorio, último presidente del PSOE.

Estoy dando los nombres de algunas de las personas sacrificadas que pueden ser conocidas por los lectores. Muchos de los personajes que aparecen a lo largo de las páginas lo hacen con su nombre, pero asimismo son numerosos aquéllos, entre quienes jugaron papeles de importancia secundaria, especialmente si viven, a los cuales por distintas causas les he cambiado el nombre. De estas causas la principal es porque ellos mismos me lo han pedido, en otros casos porque teniendo noticia de hechos ocurridos a personas vivas o difuntas, los datos recopilados resultaban insuficientes y me he visto obligado a «novelar» —y obsérvese que no digo «inventar»— para dar vida y coherencia al

personaje. Casos se dan, refiriéndose siempre a esos personajes secundarios, en que me ha parecido oportuno desfigurar alguna circunstancia, cambiarles de ciudad incluso, y desenvolver su peripecia con cierta libertad narrativa. También hay aquellos cuyo nombre no aparece o cuya circunstancia geográfica no se precisa. Estos personajes secundarios, que sólo un número restringido de lectores conseguirán identificar, sufrirán como los otros la criba de la guerra. Algunos parecen ya marcados por el signo de la muerte, a otros la muerte les llegará en circunstancias imprevistas.

Murieron «por Dios y por España» lo mismo José, camarero de un hotel de provincias y socialista, que Enrique, sobrino del tío Ñaqui, mediocre estudiante y ardiente requeté. Al «Gravat» lo fusilaron en el Campo de la Bota, y José Miguel, hijo de don Juan García de la Concha, etc., etc. (nombre evidentemente inventado), apareció muerto en la cuneta de la carretera de Maudes cuando los primeros bombardeos de Madrid; le dieron el paseo junto a su tío Enrique, que disponía de amistades y dinero. Del obrero que oyó por radio el discurso de La Pasionaria y se marchó a la Casa del Pueblo, nada más se supo; su mujer lo buscó inútilmente durante varios días. Teodoro, el muchacho gaditano miembro de las JSU, alcanzó el grado de comisario de batallón en el ejército popular y murió en la batalla del Ebro, batalla en la que también fue a morir el falangista que en Madrid tuvo miedo y acudió a refugiarse a casa de su tío, junto a su prima; alistado en el ejército republicano fue sorprendido cuando intentaba pasarse. Uno de los contertulios del café salmantino desapareció de su casa y jamás se averiguó su paradero; como probablemente era masón, nadie se preocupó de colocar una cruz sobre la tierra que le cubría. Suerte más o menos semejante corrieron el tabernero sevillano que hablaba demasiado, y el médico cacereño que cuidaba una blenorragia al cacique socialista. La señora que con tanta fogosidad detestaba a La Pasionaria enviudó en Madrid; el cadáver de su marido, miembro

de una familia aristocrática, fue identificado años después en Paracuellos de Jarama. Y acusado de espía, fue ejecutado el viejo funcionario que tenía prohibido por el médico tomar café y alcohol. Muertos, muertos y muertos; demasiados muertos.

En el libro se dan muchos nombres más, verdaderos, a los que se alude de pasada en distintas ciudades; entre ellos también fue importante la cosecha de la muerte. Pongamos como ejemplos, a don Castor Prieto, amigo de don Miguel de Unamuno, a Femando Vidal Ribas, que quiso ser fusilado vistiendo de etiqueta, al diputado Luis Rufilanchas, que fue a Galicia a acompañar a su familia, al teniente coronel Huertas Topete, padre de dieciséis hijos, a Vicente Ballester, militante obrero gaditano, al general Patxot, y también a los periodistas Sánchez Monreal y Díaz Carreño, y al coronel Vallespín. Y sólo doy unos botones de muestra.

Pensando que su lectura pudiera resultar enojosa he prescindido de las notas en el texto. Con las noticias verdaderas a que en sus diálogos aluden los personajes, van confundidas las falsas, producto de defectos de información, del apasionamiento o de los bulos que circulaban. El lector atento sabrá deslindar unas de otras; las noticias falsas suelen quedar implícitamente desmentidas; Podría objetarse que resultaba innecesario acumular las falsas; no lo era. Defectos de información originaron tomas de posición, adopción de medidas equivocadas o acertadas, es decir, influyeron en los acontecimientos, pero además, el grado de credulidad individual, la manera de interpretar y comentar las noticias son termómetros para señalar la idiosincrasia de los personajes. Las falsas noticias, los defectos de información fueron importantes en aquellos días.

Es posible que la lectura del libro produzca cierta sensación de confusión; que a nadie le extrañe, la confusión (palabra que se repite con machaconería en el texto) fue una de las características del momento.

Desorden, desconcierto, indecisiones, todo va un poco a la deriva, a la buena de Dios; todo se improvisa en un estado de cosas totalmente nuevo, sin precedentes válidos, sin referencias a qué acogerse. La acción decidida de los audaces, unas veces calculadores, otras intuitivos, resuelve las más variadas situaciones, y suele dar al contrario la sensación de planificación que algunos atribuyen al enemigo.

A lo largo de las setecientas páginas de este libro las escenas se repiten, las situaciones se reiteran, los tiempos del verbo también; palabras como: fusil, disparar, fatiga, avanzar, tensión, gritos, insultos, grupos, contradictorio, coraje, velocidad y muchas otras, las empleo en cada página, en cada renglón. Es fácil comprender las causas que me han obligado a hacerlo; escribo una crónica de tres días decisivos no una obra literaria de lucimiento. Hablo, escribo, de manera sencilla y directa, la única que admite el tema.

La transcripción de algunos documentos —alocuciones, bandos, etc.— rompe a veces el ritmo literario de los capítulos o escenas; me ha parecido obligado sacrificar el estilo a cambio de proporcionar al lector datos históricos que considero del mayor interés.

El teléfono figura como personaje importante. No es capricho mío ni artificio de habilidad literaria; los testimonios me lo han impuesto. En aquellos días el teléfono fue utilizado en ambos bandos tanto como el fusil. Ya lo sabemos.

Las escenas están en gran parte dialogadas. Algunos de los diálogos son transcripción fiel (taquigrafía diría, si taquigrafía hubiese empleado) de las palabras que se pronunciaron, avaladas, dictadas, por quienes las pronunciaron, escucharon o asistieron a la escena; en otras páginas están tomadas de libros, periódicos, memorias o relatos varios; en estos casos he procurado compulsar unas versiones con otras. En otros capítulos me he visto forzado a reconstruir los diálogos partiendo de los temas que se trataban, de los personajes que dialogaban y de la especial circunstancia en que lo hacían. En más de una página me ha sido posible

sometérselos, junto con el resto de la escena, a la aprobación de los interesados.

Aunque no se trate de una obra propiamente histórica, apporto bastantes hechos, noticias y detalles hasta hoy inéditos o desconocidos. Posiblemente se han deslizado errores; ruego se me perdonen en mérito de lo muchísimo que la obra abarca y de la dificultad de alcanzar la verdad. Si alguno de los errores que pudieran haberseme escapado (que no serán muchos ni graves), sirviera para desencadenar relatos verídicos por parte de los interesados, el propio error habría cumplido una misión contribuyendo a desentrañar hechos históricos que de otra manera permanecerían ignorados o desfigurados. Sobre ciertos sucesos he recibido informaciones contradictorias; cuando no he conseguido poner en claro de qué parte podía estar la verdad, he prescindido de ambas informaciones. Así, por ejemplo, la detención del general Goded tras la rendición en Barcelona del edificio de la Capitanía General. En el diario madrileño *Claridad*, se atribuye a un guardia de Seguridad, natural de Baracaldo, llamado Manuel Gómez. En otras versiones, fue el comandante Pérez Farrás quien la llevó a efecto por encargo personal del presidente Companys. Su hijo Manuel Goded no fue testigo presencial de la detención y tampoco da versión directa en su libro *Un faccioso cien por cien*. Una de las incógnitas que no nos ha sido posible aclarar, es si durante la lucha ocupó alguien el monumento a Colón y estuvo disparando desde lo alto. Ambos bandos aseguran que desde arriba se disparaba contra ellos; así ha sido publicado en distintos libros y así me lo han manifestado oralmente diferentes personas. Nadie, sin embargo, reivindicó la hazaña para sí o para los suyos; cosa que resulta un tanto extraña. Que la enorme esfera dorada que sirve de pedestal a la estatua, apareció acribillada a balazos, lo recuerdo muy bien, y es más que probable que combatientes de ambos bandos dispararan contra el lugar desde el cual suponían se les hacía fuego. ¿Podían rebotar algunas balas?